

SOBRE PATRIMONIO ARQUITECTONICO, INVESTIGACION CIENTIFICA E IDENTIDAD URBANA.

Arquitecto MYRIAM WAISBERG

"Patrimonio y presente, recuperación crítica del pasado" es el tema genérico que preside el desarrollo de la IV Bial de Arquitectura. En la etapa nacional, efectuada en el Museo de Bellas Artes de Santiago, la mayoría de las conferencias y de los foros trataron la temática con espíritu crítico, revisando hacia atrás, buscando la manera de explicar la causa y el momento en que comienza a producirse el deterioro de la calidad de vida en nuestras ciudades.

El presente comentario, por su parte, intenta abrir una perspectiva hacia el futuro, basada en la relación estable del quehacer arquitectónico de ayer y de hoy. Es un camino diferente para lograr el rescate del pasado, que complementa la labor del Consejo de Monumentos Nacionales, ya que sobrepasa en un movimiento envolvente las obras y los lugares típicos que la ley ordena conservar; de modo que sin desconocer la importancia del recurso legal y su carácter compulsivo, se plantea una acción de índole masiva, que apela al juicio del hombre viviendo en sociedad y, a la vez, apela al juicio histórico. Los aspectos que se desarrollan a continuación concurren a este planteamiento.

Si se examina la acepción del término **patrimonio** se comprueba su indisoluble vinculación con la cultura. Una definición generalizada establece que "*patrimonio es todo rasgo que se incorpora a nuestra cultura o que contribuye a construirla*".

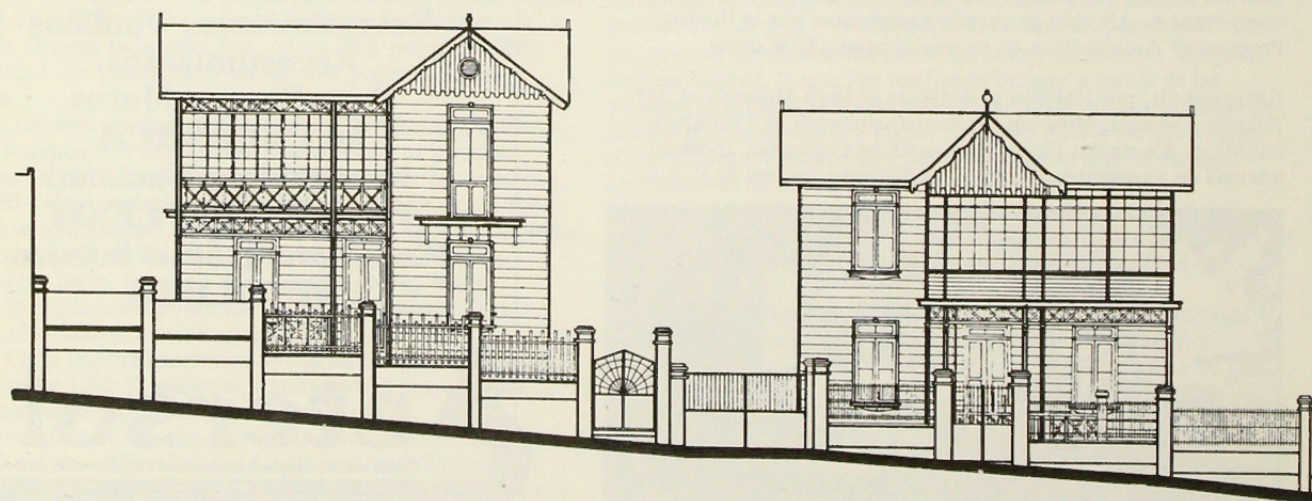
En este ámbito se inserta el patrimonio arquitectónico y urbanístico. Inicialmente, solo abordaba las obras valorándolas como manifestaciones puntuales, pero en la actualidad procede a considerarlas cada vez con mayor definición en sus cualidades de emplazamiento, incluyendo la variada gama de características materiales y espirituales que forman su contorno; a este patrimonio urbano se agrega además el patrimonio rural, que reúne toda la escala de agrupaciones,

hasta la más mínima expresión de asentamiento humano. De acuerdo a este planteamiento, salvo el caso de monumentos históricos excepcionales, los edificios no deben ser considerados como expresión aislada sino formando parte de un contexto urbano o rural, según el **concepto de lugar**. Este enfoque resulta especialmente interesante para nuestro país, si se observa que a través de la historia de la arquitectura chilena los edificios difícilmente sobrepasan el centenar de años, debido en parte a la carencia de medidas de mantenimiento y en parte a los ciclos sísmicos que en forma periódica remueven nuestra geografía. En consecuencia, siguiendo esta nueva manera de valorar la herencia del pasado, pasa a tomar gran importancia el cuidadoso tratamiento de la traza urbana, como patrimonio de mayor persistencia y expresividad.

Valparaíso responde claramente a esta visión retrospectiva. De los estudios realizados hasta hoy se desprende que no conserva ningún edificio que haya alcanzado el siglo y medio de existencia. La vivienda más antigua parece ser la que levantara Juan Mouat en el cerro Cordillera alrededor de 1840 y que hoy alberga el Museo del Mar; y la iglesia del Salvador, Matriz de Valparaíso, construida entre 1837 y 1842, encabeza la cronología de los edificios religiosos que se conservan en pie en la actualidad. Pero en cambio, qué cantidad de espacios urbanos, reafirmados en su traza primitiva, enriquecen el plan y los cerros, grabando la peculiaridad del puerto, en un recorrido cuatro veces secular.

Víña del Mar, que acaba de cumplir en 1974 su primer centenario, debiera comenzar a preocuparse a tiempo del tratamiento de su traza urbana, que constituye el testimonio que la liga indisolublemente a su nacimiento y atesora los pasos de su incipiente historia. Por su parte, las agrupaciones del interior de la región suelen mostrar primitivas solu-

arquitectónicas



VIVIENDA PSJE. HARRINGTON Nº 269

VIVIENDA PSJE. HARRINGTON Nº 275

Valparaíso. Secuencia de casas de madera en Playa Ancha. Levantamiento de Montserrat Vargas, 1981. (Archivo de la Universidad de Valparaíso).

ciones urbanas o rurales de particular calidad en la gama de realizaciones nacionales, cuya oportuna consideración no debe afectar las legítimas aspiraciones de progreso de la población, si se las considera en el marco de una planificación adecuada.

En el tratamiento del patrimonio se están aplicando diversas técnicas, que aportan nuevos recursos que multiplican las alternativas posibles para obtener la "puesta en valor", que es lo que finalmente se busca como resultado. Términos como conservación, restauración, reciclaje, refuncionalización, aluden a medidas que involucran acciones periódicas de limpieza profunda, para mantener la prestancia primitiva en un marco de dignidad; que se proponen destacar las soluciones arquitectónicas, urbanas o rurales, que poseen un real significado en la formación de la cultura; que apunta a la consolidación de las estructuras para aumentar su ciclo de vida material; que renuevan su destino para albergar solicitudes funcionales que alargan su utilización activa.

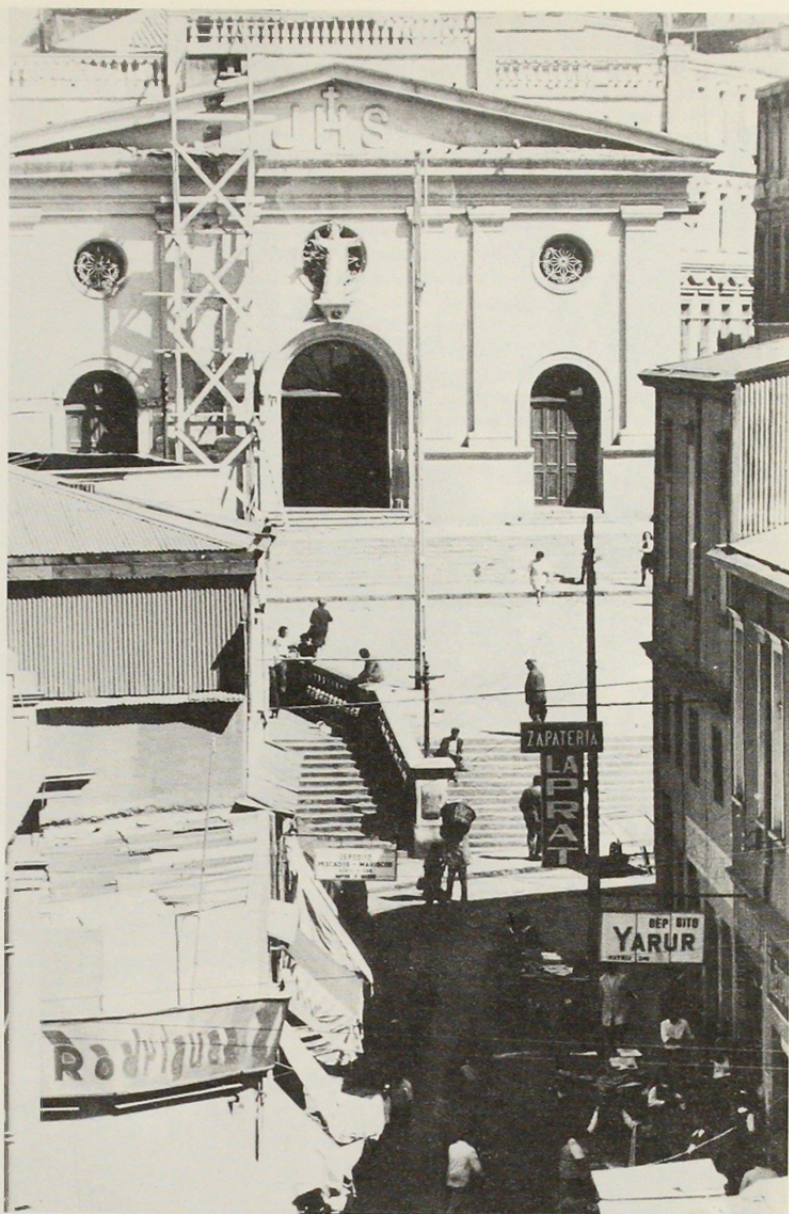
De esta gama de posibilidades se deduce que el respeto por nuestros valores de épocas anteriores no configura necesariamente una actitud retardatoria. No se trata de endurecer todo nuestro pasado, sino de introducirlo justificadamente en la dinámica de la planificación urbana y rural. En este sentido, resulta sintomático observar que los especialistas usan cada vez menos el término preservación, para reemplazarlo de preferencia por los conceptos de rehabilitación y renovación de los valores de uso.

La valoración de las manifestaciones de otras épocas emana directamente de los logros obtenidos por la **investigación científica** desarrollada en el campo de la historia de la arquitectura. La generación del conocimiento preciso es básico y constituye el punto inicial que posibilita todo el proceso de apreciación y el posterior tratamiento de las obras y de los conjuntos.

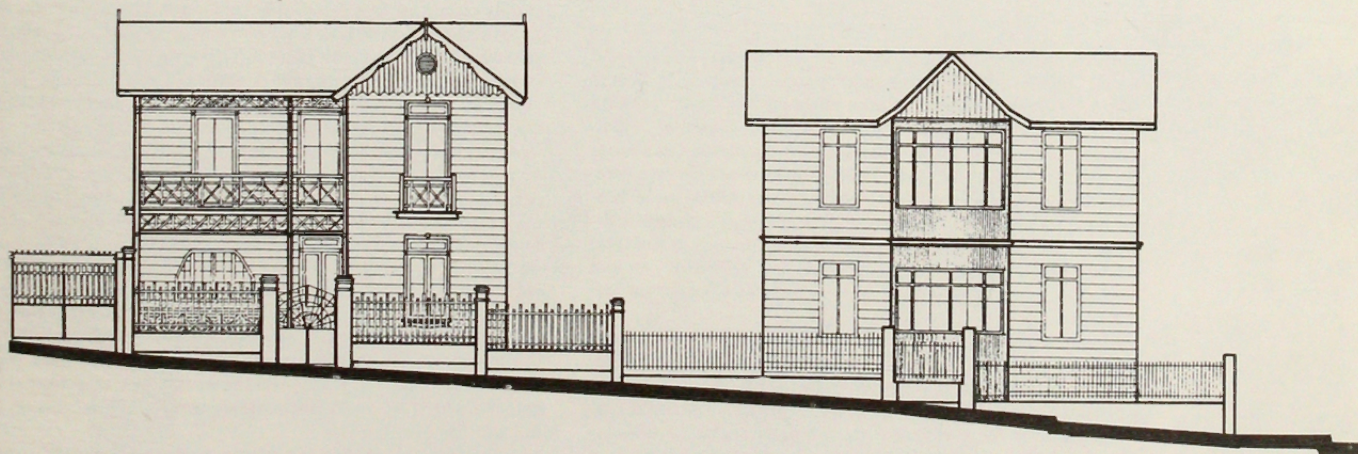
El conocimiento ubica temporal y espacialmente las concreciones arquitectónicas y urbanísticas, insertándolas en el marco del proceso histórico y definiendo su calidad de patrimonio, condición que le permite incorporarse a nuestra cultura, para ir constituyendo, a la vez, nuestra identidad en el área que atañe a esta disciplina.

El avance de la investigación científica genera una aportación permanente para la comprensión fundamentada de las obras del pasado. De hecho, cada vez que se establecen fehacientemente fechas, arquitectos y características arquitectónicas, urbanas o rurales, se le resta base a la creencia que atribuye una condición anacrónica a nuestro quehacer profesional, ya que aparecen de manera incuestionable soluciones que nos relacionan de algún modo con los movimientos cultivados en forma contemporánea a nivel mundial.

Un ejemplo podría ser la iglesia del Salvador, Matriz de



Valparaíso. El acierto espacial de la plaza de La Matriz.



VIVIENDA PSJE. HARRINGTON Nº 287

VIVIENDA AVDA. GRAN BRETAÑA Nº 1081



Valparaíso. La vitalidad característica del sector de La Matriz.

Valparaíso, cuya tercera versión, construida en el siglo XVIII, expresa un lenguaje barroco; en cambio, la cuarta versión, levantada como se sabe entre 1837 y 1842, ostenta un tratamiento neoclásico en su fachada principal. Igualmente el proyecto de la iglesia de los Sagrados Corazones de Valparaíso, que data de 1868, corresponde a una expresión de inspiración medieval, tal como se estilaba en la época del historicismo. Y a comienzos de siglo, puede mencionarse el Palacio Baburizza, en el cerro Alegre, terminado en 1916 con todos los atributos del "art nouveau", en una ejecución completamente al día en sus planteamientos formales.

La investigación sistemática en el campo de la arquitectura posee en nuestro país poco más de 30 años de desarrollo. Si bien su antigüedad no es dilatada ni ha tenido tampoco un fomento significativo, los conocimientos obtenidos permiten señalar la formación de un patrimonio arquitectónico chileno, entendido no en un sentido peyorativo, o sea, con un lenguaje formal inventado en nuestra dimensión geográfica, sino como la incorporación de expresiones que hemos sido capaces de tomar y de transformar según nuestras propias condicionantes de tiempo y de lugar. Por lo demás, en el resto del mundo también ha sido así, con resultados de mayor o menor envergadura. A manera de ejem-

plo cabe recordar el caso del gótico, que nace en el medioevo en Francia como un estilo totalmente formado; cuando pasa a Inglaterra, arraiga allí creando expresiones propias con tal fuerza, que su vigor se mantiene en cierta medida vigente hasta hoy. En la historia de la arquitectura, nadie duda en denominarlo "gótico inglés", aunque no tuvo su fase inicial en Gran Bretaña.

Con el debido sentido de las proporciones, considerando el rango en que se mueve nuestra arquitectura y la marcada influencia inglesa en Valparaíso a fines del siglo XIX, también aquí se produce una experiencia histórica importante, vinculada a esa corriente estilística; es la etapa en que se difunde en la zona un movimiento formalmente neogótico, materializado en numerosas mansiones viñamarinas, que llegan a componer un paisaje urbano unitario, en que se logran soluciones de gran prestancia basadas en la excelencia de las maderas chilenas.

El conocimiento cabal del proceso completo de las formas de asentamiento humano en nuestro territorio no cubre todavía equilibradamente las manifestaciones de todos los períodos. Así, los estudios que abordan la época prehispánica son aún insuficientes para ofrecer una visión sistemática y coherentemente integrada. Además, los historiadores han otorgado comparativamente mayor atención a los siglos de la administración española, en desmedro del siglo XIX, en circunstancias que este último es la concreción de un verdadero auge en nuestro país. Con una mentalidad seguidora de las realizaciones del mundo colonial, cuya investigación parece casi haber sido agotada, y con el consiguiente prestigio excluyente otorgado a las obras del siglo XVIII, se ha opacado en forma sistemática la fuerza creadora y el valor que tiene la arquitectura decimonónica, perdiéndose por esta causa numerosos edificios y con ello, la posibilidad de mantener los puntos de apoyo material para ir contruyendo nuestra identidad cultural.

En cuanto a la historia de la arquitectura de Valparaíso, no cabe duda que la segunda mitad del siglo XIX presenta las obras de mayor significación. No obstante, aquí también se han dado situaciones que reflejan actitudes de menoscabo de este período. Puede recordarse, a manera de ejemplo, lo que ocurrió con el Observatorio del Cerro Cordillera, que fue declarado Monumento Histórico porque se supuso que provenía de la Colonia, ignorándose en ese momento, y aún hoy, que es una obra de la República.

A pesar de todo lo que se ha perdido por desconocimiento, siempre es tiempo de reconsiderar la adecuada incorporación de estas obras individuales y de conjunto en la planificación futura, ya que ellas resumen, en una materialidad que va sobrepasando el siglo de permanencia, uno de los momentos de mayor riqueza de Valparaíso.

El camino cultural que se intenta esbozar en estos comentarios tiene su punto de partida en la generación del conocimiento y culmina cuando se produce el **consenso** de la ciudadanía para actuar, entendiéndose con ello el compromiso de autoridades, técnicos y usuarios. El consenso implica un nivel de información de las autoridades que les permita asumir la responsabilidad de la toma de decisiones con la flexibilidad que cada caso justifique; el consenso requiere de un profesional con la preparación y la sensibilidad necesarias para proponer las alternativas que correspondan; el consenso se basa en la motivación del habitante, en su educación para el uso, y aún el disfrute, del patrimonio que le rodea, provocando una genuina actitud de respeto y un interés creciente por la obra de las generaciones que le precedieron.

Este llamado al rescate es un camino lento y complejo. No es posible ignorar que, junto a la inadvertencia, predominan las exigencias de un sistema económico que presiona sin contrapeso, y que pone todas las condiciones. No obstante, cabe recordar que para el profesional arquitecto, que en último término es el responsable del cuidado del patrimonio, siempre hay soluciones alternativas, porque los proyectos de las obras arquitectónicas no son proposiciones científicas sino una manifestación de arte. Además, un sistema económico puede variar en sus consecuencias con imprevisible rapidez, y las inversiones que hoy aparecen rentables pueden no serlo mañana; en cambio, los valores de la cultura son permanentes.

El descuido del patrimonio afecta a un factor cultural que también está contribuyendo al deterioro de la calidad de vida que aflige a nuestras ciudades. En una secuencia propia de las ciencias ambientales, el patrimonio arquitectónico forma parte del medio construido, que a su vez integra, junto al ambiente natural, la multidisciplina definida por la ecología urbana. Así, en una interacción permanente entre el

medio construido por el hombre y el ambiente natural, en que cada intervención en uno va modificado al otro, se genera el equilibrio dinámico que caracteriza la ciudad.

Entre las disciplinas que concurren al complejo campo de acción constituido por este sistema ecológico, corresponde al planeamiento urbano aportar el canal por donde fluye la componente cultural, enriqueciendo las concreciones materiales mediante la incorporación de factores históricos, espirituales y artísticos, factores que justamente van plasmando la **identidad urbana a través del tiempo**.

En relación al planeamiento urbano y a la tarea de conservación del patrimonio, vuelve a cobrar importancia el concepto de lugar, ya que aquí se amalgaman y se van asimilando las experiencias de la comunidad, que se asientan a la vez en los lazos espirituales y los soportes materiales, en el arraigo de usos y costumbres, en las aproximaciones provocadas por la razón y el sentimiento, en las circunstancias emergentes captadas por medios sensoriales, psicológicos y emotivos, en las condicionantes políticas, económicas y sociales, que marcan las etapas del suceder urbano.

Las referencias culturales, una vez reconocidas, constituyen la base del concepto de pertenencia, y el camino para promover una actitud de respeto y, sobre todo, un interés generalizado que lleve a participar en la labor de conservación. De este modo se abre la perspectiva de ir construyendo nuestra identidad nacional, en el campo de la arquitectura.

Tal vez nos preguntamos ¿tienen nuestras ciudades rasgos de identidad?

Ensayaremos una respuesta, derivada de la experiencia personal.

De Santiago tengo grabado, por ejemplo el porfiado emplazamiento del conjunto franciscano, donde se quiebra por siglos el trazado de la Alameda para amoldarse a la implantación de uno de los centros históricos de mayor importancia de la ciudad.

Pero también recuerdo, en tono menor, el monumento al poeta Alonso de Ercilla y Zúñiga y las paulonias que bordean la plaza que lleva su nombre; el perfil de la cordillera de Los Andes recortado en el horizonte santiaguino; la jerga vocinglera de los vendedores de La Vega; el atuendo de los personajes que deambulan en torno a la Estación Central; la concentración de población en ciertos núcleos de San Miguel o Quinta Normal; un recorrido en otoño por el

Parque Forestal, tapizado de hojas secas; un árbol que se nutre de las cenizas de José Santos González Vera en un jardín de Ñuñoa; o el caleidoscópico palpar de la gran urbe de millones de habitantes. Y repasando las expresiones arquitectónicas de otras épocas, no olvido que la capital posee gran cantidad de manifestaciones del siglo XIX que dan homogeneidad a muchas calles y barrios, y que junto con las obras de comienzo y de mediados de nuestro siglo, abren la perspectiva de una solución de continuidad al proceso de la arquitectura de Santiago.

En Valparaíso, puedo señalar un caso mayor: el conjunto La Matriz. Si imaginamos por un momento la iglesia Matriz en la Plaza de Armas de Santiago, pierde todas sus características de lugar: el logro espacial de su plazuela, las empinadas callejuelas circundantes, el jugueteo pasar diario de las niñas a la escuela, los pregones de los pescadores ambulantes, el tráfico de marineros de todas las banderas, las riñas en la semipenumbra nocturna, el vuelo de las palomas anidadas en la torre, el sereno descanso del anciano que duerme plácidamente en las gradas de la iglesia. En fin, ya no sería La Matriz.

Pero junto a este caso mayor, puedo reconocer en un recorrido habitual; la unidad estilística de las casas de madera de Playa Ancha; el monumento a Arturo Prat recortándose contra un cielo verdaderamente azul; la sinuosidad del trazado vial apegándose al pie de cerro o siguiendo la línea de la costa; el verde intervalo de las quebradas, produciendo un ritmo entre los cerros; la Sebastiana, la casa de Pablo Neruda, asomándose en un recodo del Camino de Cintura; el silbido del viento en Playa Ancha; las palmeras de la Estación Puerto; las gradas de piedra laja de la vereda; las bravizas de mar en la Avenida Altamirano; la estructura metálica del mirador del Paseo 21 de Mayo; los abruptos desniveles que transforman las techumbres en una fachada más; la arquitectura extrovertida que se vuelca en miradores, galerías y balcones; y las cambiantes perspectivas del trazado anfiteatral de Valparaíso, en que simultáneamente la ciudad mira al mar y se mira a sí misma.

En síntesis, lo que hemos querido expresar es que se entrelazan en una dinámica interacción las más diversas aproximaciones a elementos naturales o contruidos por el hombre, pequeños y grandes, aprehendidos a través de los sentidos, del intelecto y del espíritu, elementos que se van arraigando y que, desde el momento que los reconocemos, comienzan a pertenecernos.

La quebrada, expresión del ambiente natural porteño.

